

esto, ¿cómo he llegado yo á saber que esta alma que piensa es una y no tiene muchas partes? Porque yo no la veo: y ¿cómo tengo de ver la idea de la unidad en una cosa tan invisible é impenetrable? Lejos de conocer yo por mi alma en qué consiste la unidad, examino si mi alma es una, ó divisible por la idea de la unidad que ya tengo.

A esto se junta, que en mi interior tengo una idea clara de una unidad perfecta, que es muy superior á la que puedo encontrar en mi alma. Esta comunmente se halla dividida entre dos pareceres, dos inclinaciones, dos hábitos contrarios: y esta division indica alguna multiplicidad ó composicion de partes. Ademas de esto, el alma tiene por lo menos una composicion sucesiva de pensamientos muy diversos entre sí. Yo concibo una unidad infinitamente mas una que mi alma, si es lícito hablar así: concibo un sér que jamas muda de pensamiento, que siempre piensa en todas las cosas al mismo tiempo, y en quien no puedo hallar ninguna composicion ni aun sucesiva. Esta idea de la unidad perfecta y absoluta, es sin duda la que me hace buscar alguna unidad en los espíritus, y aun en los cuerpos, sirviéndome como de modelo con quien compararlos. Esta idea de lo que es *uno* simple é indivisible por escelencia, no puede ser sino la idea de Dios: lo conozco, pues, con tanta claridad, que su mismo conocimiento me sir-

ve para buscar en las criaturas alguna imájen y semejanza de su unidad. Los cuerpos tienen, por decirlo así, alguna sombra de esta unidad que se desaparece al dividir sus partes: los espíritus tienen una semejanza mayor, aunque tienen una composicion sucesiva de pensamiento.

—
CAPITULO X.

Dependencia é independencia, ó libertad del hombre.

OTRO misterio que encuentro en mi interior y me hace incomprendible á mí mismo, es que por una parte soy libre, y por otra dependiente. Examinemos estas dos cosas, para ver si es posible conciliarlas.

La independencia es la mayor de todas las perfecciones. Existir por sí mismo es tener en sí el origen de su sér, sin participar nada de ningun otro ente. Una cosa que reuna en sí todas las perfecciones, pero que sea participada y dependiente, no será tan perfecta como otra que no tenga mas que la independencia: porque no se puede comparar un ente que existe por sí mismo á otro que tiene todo su sér participado y como por via de préstamo.

Esto me hace conocer la imperfeccion de este

sér dependiente que yo llamo mi alma. Si existiera por sí misma, nada participaria de otro; ni necesaria instruirse cuando ignora, ni corregirse cuando yerra. Nada habria que pudiera sacarla de sus vicios, ni inclinarla á la virtud, ni hacer su voluntad mejor de lo que habia sido al principio: poseeria siempre todo lo que podia tener, y no podria recibir nada de otro, ni perder nada de lo que tenia; porque lo que existe por sí, siempre es todo lo que puede ser. Así mi alma no podria caer en la ignorancia, ni en el error, ni en el vicio, ni podria perder nada de la rectitud de su voluntad: tampoco podria instruirse, ni corregirse, ni hacerse mejor de lo que es. Pero yo experimento en mí lo contrario: porque me olvido, engaño, extravío, dejo de ver la verdad y de amar la virtud, y me perfecciono adquiriendo la sabiduría y buena voluntad que no tenia. Esta esperiencia íntima me convence de que mi alma no existe por sí misma, ni es independiente, necesaria, é inmutable en todo lo que tiene. ¿Quién puede, pues, perfeccionar mi sér, haciéndome mejor, y por consiguiente haciéndome ser mas de lo que era?

La voluntad ó el poder querer, es sin duda un grado de sér y de perfeccion; pero la buena voluntad ó el querer bien, es otro grado de perfeccion aun mayor. Porque de la voluntad se puede abusar para engañar, perjudicar, tener odio; en lugar

de que el querer bien, que es el recto uso de la voluntad, no puede dejar de ser bueno. El querer bien es, pues, lo mas precioso que hay en el hombre, lo que dá el valor á todo lo demas, y en lo que consiste, por decirlo así, el verdadero sér del hombre: *Hoc est enim omnis homo.*

Acabamos de ver que mi voluntad no existe por sí misma, porque está sujeta á perder y á recibir grados de perfeccion que no tiene: hemos visto que ella es un bien, inferior al querer arregladamente ó al querer el bien (porque es mejor el recto uso de la voluntad, que la voluntad susceptible del bien y del mal): ¿cómo puedo, pues, creer que yo, que soy un sér imperfecto, débil, participado y dependiente, me dé á mí mismo la perfeccion mayor de todas; cuando es evidente que recibo de un primer Sér las otras perfecciones que no son tan grandes? ¿Puedo imajinar que Dios me dá el bien menor, y yo, sin depender de él, me doy otro mayor? ¿De dónde sacaria este grado de perfeccion para dármele? ¿Será de la nada que es todo mi caudal? O ¿me lo darán otros espíritus iguales al mio con corta diferencia? Pero estos espíritus limitados y dependientes, que tampoco existen por sí mismos, no tienen ningun poder verdadero ni sobre mí, ni sobre las cosas imperfectas que hay en mí, ni sobre sí mismos. Sin detenernos, pues, en ellos, hemos de subir mas arriba

hasta encontrar una causa primera y omnipotente, que pueda dar á mi alma el recto uso de la voluntad, que no tiene por sí misma.

Hagamos aún otra reflexion. Este primer Sér es la causa de todas las modificaciones de las criaturas. El sér que en su esencia es dependiente, no puede dejar de serlo tambien en todas sus operaciones; porque lo accesorio sigue á lo principal. Luego, el que es autor de la esencia de la cosa, lo ha de ser tambien de todas sus modificaciones ó modos de existir: pero es así que Dios es la causa real é inmediata de todas las combinaciones y movimientos de todos los cuerpos de este mundo, que ha criado y gobierna; luego tambien ha de ser la causa real, total é inmediata del recto uso de la voluntad, ó del bien querer. Y si no, díganme ¿por qué esta accion, que es la mas escelente de todas, ha de ser la única que Dios no hace en el mundo, y la única que se hace con independenciam suya? Tenemos, pues, que la voluntad recta, que tengo hoy y no tenia ayer, no es una cosa que me he dado yo á mí mismo, sino un dón del que me dió el sér y la voluntad. ¿Y quién puede pensar de otro modo?

Así como el querer es una cosa mas perfecta que el existir; así tambien el querer bien, ú ordenadamente, es mas perfeccion que el solo querer. Lo mas perfecto que hay en el hombre, es el pa-

sar del poder ó potencia que tiene para ser virtuoso, al actual ejercicio de la virtud. La potencia no es mas que un equilibrio entre el vicio y la virtud, una suspension entre el bien y el mal. El pasar al acto virtuoso es determinarse al bien, y por consiguiente es un bien superior. Hemos hecho ver que la potencia susceptible del bien y del mal viene de Dios; ¿nos atreverémos, pues, á decir que ó no viene de él, ó no viene con tanta plenitud este impulso que nos determina al bien mayor? Todo esto prueba con evidencia lo que dice el Apóstol: que Dios segun su voluntad hace que queramos y obremos. Esta es la dependencia del hombre: busquemos su libertad.

Yo soy libre, y no puedo dudar de ello: estoy íntimamente convencido de que puedo querer y no querer; de que soy dueño, no solo de querer y no querer, sino tambien de querer diversas cosas segun la variedad de objetos que se me presentan: siento que estoy, como dice la Escritura, *en manos de mi consejo*. Esto basta para hacernos ver que mi alma no es corporal. Lo que es cuerpo ó corpóreo, nunca se determina á sí mismo: siempre lo determinan unas leyes físicas, que son necesarias é invencibles, y contrarias á lo que llamamos libertad. De donde infero yo, que la naturaleza de mi alma es enteramente distinta de la de mi cuerpo. ¿Quién ha podido, pues, hacer esta unien

tan recíproca de dos naturalezas tan distintas, y hacerles conservar tanta armonía en todas sus operaciones? Este vínculo solo lo ha podido formar, como ya he dicho, un Sér superior, que abraza con su perfeccion infinita estas dos naturalezas.

Esta modificacion de mi alma que llamo *querer*, no es como las modificaciones de los cuerpos. Estos no se modifican á sí mismos, los modifica solo Dios; no se mueven, sino que son movidos; no obran, sino que reciben la accion: y así solo Dios es la causa real é inmediata de todas las modificaciones de los cuerpos. No sucede lo mismo con los espíritus: mi voluntad se determina á sí misma, y como determinarse á querer es modificarse, se sigue que ella misma se modifica. Dios bien puede prevenir mi alma, pero no le dá el querer, del modo que les dá el movimiento á los cuerpos. Si es Dios quien me modifica, yo me modifico tambien obrando al mismo tiempo; y soy, juntamente con él, causa real de mi *querer*. Mi querer es mio con tanto rigor, que si no quiero lo que debo querer, á nadie se debe echar la culpa sino á mí. Cuando quiero una cosa, soy dueño de no quererla; y cuando no la quiero, tambien está en mi mano quererla. Cuando quiero, no me violentan para que quiera, ni me pueden violentar; porque no podria querer contra mi voluntad aquello que quiero; ya que el querer, que supongo en mí, escluye

evidentemente toda violencia, y no solo escluye la violencia, sino que, cuando es libre, tambien escluye ó es incompatible con la necesidad.

Llamo necesidad en el querer aquella fuerza que inclina á la voluntad hácia un objeto espontáneamente y con gusto, pero de modo que no le deja accion para no quererlo, como es aquella inclinacion con que busco el bien en comun; inclinacion que yo nunca puedo reprimir. No siento, pues, esta inclinacion invencible hácia ningun bien finito; antes bien experimento, que en estos casos mi voluntad está como á dos vertientes, y que puede inclinarse al sí y al no, hácia un objeto y hácia otro. Y aun cuando se determina de este modo, no tiene otro motivo para querer que su mismo querer: porque no quiere la cosa precisamente por el bien que ve en ella [pues á pesar de todo ese bien, como no sea infinito, podia tambien dejar de quererla], sino porque quiere quererla; y no hay cosa que esté en su mano tanto como el querer y el no querer.

Aunque mi voluntad no experimentara en sus actos violencia, sino solo necesidad, dejaria de ser libre, porque estaria obligada á querer, tan invenciblemente como los cuerpos á moverse; y la necesidad insuperable obraria en el querer de mi alma, como obra en el movimiento de los cuerpos: y entonces tanto podrian reprender á mi voluntad, por-

que queria esto ó aquello, como á los cuerpos, porque se mueven con esta ó aquella direccion. Es verdad que el querer necesario es un verdadero querer no violentado; pero no por eso deja de ser un querer que el hombre no puede dejar de tener, y del que no le pueden echar la culpa. El conocimiento precedente no dá libertad verdadera, porque puede suceder muy bien, que el hombre antes de querer conozca con distincion muchos objetos, y no pueda verdaderamente elejirlos: así como conoce el bien y el mal sin poder querer á éste, ni aborrecer á aquel, sino mirándolos de modo que no parezcan lo que son. La deliberacion es tambien un juego ridículo, si estoy imposibilitado de abrazar un partido y necesitado á elejir el otro. En fin, no hay eleccion seria y verdadera entre dos objetos, siempre que no se me presentan de modo que pueda abrazar y desechar cualquiera de los dos.

Diciendo, pues, que soy libre, digo que mi querer está absolutamente en mi mano; que el mismo Dios me lo deja, para que yo lo vuelva á donde quiera; y que no estoy determinado como las demas criaturas, sino que me determino á mí mismo. Conozco que si el primer Sér me previene, inspirándome un buen deseo, yo quedo dueño de desechar su actual inspiracion, por mas fuerte que sea, de no consentir á ella, y de impedir su efecto.

Tambien conozco que cuando desecho esta inspiracion, tengo un poder verdadero y actual para admitirla: así como tengo un poder inmediato y verdadero para levantarme cuando estoy sentado, y para cerrar los ojos cuando los tengo abiertos. Los objetos me pueden solicitar á que los ame, con cuanto tienen de agradable; las razones se pueden presentar con la mayor eficacia; y el primer Sér puede atraerme con las mas persuasivas inspiraciones; pero en medio de todos estos objetos, razones é inspiraciones de un Sér superior, quedo dueño de mi voluntad para querer ó no querer.

Este verme libre de toda violencia y necesidad, y este imperio que tengo sobre mis acciones, es lo que me hace inescusable cuando quiero el mal, y digno de alabanza cuando quiero el bien. Ved ahí el fundamento del mérito y del demérito; lo que hace justo el castigo ó el premio; lo que nos hace exhortar, reprender, prometer y amenazar. Este es el fundamento de toda policia, instruccion y regla de costumbres. En la vida humana siempre se supone como el primer fundamento, que ninguna cosa está en mi poder tanto como mi querer y mi voluntad; que tenemos este libre albedrío, este poder, esta facultad de elejir entre dos partidos que están igualmente á nuestra disposicion. Esto es lo que los pastores y labradores cantan sobre las montañas; lo que los comerciantes y artesanos

suponen en su tráfico; lo que los actores representan en los teatros; lo que los magistrados creen en sus consejos; lo que los doctores enseñan en sus escuelas; y lo que ningun hombre sensato puede poner en duda. Esta verdad, impresa en el fondo de nuestros corazones, la suponen en la práctica aun los mismos filósofos que pretenden destruirla con sus especulaciones cavilosas. La evidencia íntima de esta verdad es como la de los primeros principios, que no necesitan de prueba, y sirven por sí mismos para probar otras verdades menos claras. ¿Cómo ha podido Dios hacer una criatura que sea tambien árbitra de sus acciones?

Juntemos ahora estas dos verdades igualmente ciertas. Yo dependo de un primer Sér aun cuando quiero, y sin embargo soy libre. ¿Cuál es, pues, esta libertad que incluye dependencia? ¿Cómo se puede comprender un *querer* que es libre, y que lo ha dado un primer Sér? Yo soy libre en mi querer, como Dios en el suyo; por esto soy principalmente su imájen y semejanza. ¡Qué grandeza que toca en lo infinito! Ved ahí un rasgo de la Divinidad. Yo tengo sobre mi voluntad una especie de poder divino; pero no soy mas que una imájen de este Sér infinitamente libre y poderoso.

La imájen de la independencia divina no es la realidad de lo que representa; mi libertad no es mas que una sombra de la del primer Sér, por

quien existo y obro. Por una parte, el poder que tengo para querer el mal, no es tanto un poder verdadero, como una flaqueza y debilidad de mi querer: es poder degradarme, disminuir mi perfeccion, y perder una parte de mi sér. Por otra parte, el poder que tengo para querer ordenadamente, no es un poder absoluto, porque no lo tengo por mí mismo: y no siendo la libertad otra cosa que este poder, que es prestado, no será la libertad mas que prestada é independiente. Un sér tan imperfecto y prestado no puede ser sino dependiente. ¿Pues cómo es libre? ¡Qué misterio tan profundo! Su libertad, de que no puedo dudar, manifiesta su perfeccion; su dependencia manifiesta la nada de que ha salido.

Acabamos de ver los vestijios de la Divinidad, ó por mejor decir el sello del mismo Dios en todas las obras de la naturaleza. Cuando no se quiere utilizar, se ve á primera vista una mano, que es el primer móvil de todas las partes del universo. Los cielos, tierra, astros, plantas, animales, nuestro cuerpo y nuestro espíritu llevan impreso un órden, una exactitud, un arte, una sabiduría, un sér superior á nosotros, que es como el alma del mundo, y lo conduce á su fin, con una fuerza suave é insensible, pero al mismo tiempo omnipotente. Hemos visto la arquitectura del universo, la proporcion de sus partes: una simple mirada nos

ha bastado para hallar en una hormiga una sabiduría y un poder que se complace en ostentarse al trabajar aun las cosas mas despreciables. Esto es lo que desde luego y sin ninguna discusion filosófica se presenta á los mas ignorantes. ¿Qué seria si entrásemos en el santuario de la física, ó si hiciésemos anatomía de las partes internas de los animales, para encontrar allí la mecánica mas perfecta?

CAPITULO XI.

Respóndese á las objeciones de los epicúreos.

ALGUNOS filósofos responden, que todo lo que he dicho del arte que brilla en la naturaleza, es un continuo sofisma. Es verdad, dicen, que toda la naturaleza sirve al hombre; pero de eso no se ha de inferir que la han hecho para que le sirva. El hombre encuentra en la naturaleza muchas cosas que le son útiles; pero no las ha hecho la naturaleza para su utilidad. Los pastores suben todos los dias á las montañas, agarrándose á algunos picarros que encuentran, sin que por eso se siga que los pusieron allí para que les sirviesen como de escalera. Del mismo modo, cuando estamos en el campo, si se levanta un huracan, nos metemos en la primera cueva que encontramos para estar al

abrigo; y no por eso decimos que la hicieron de intento para que sirviese de casa á los hombres. Lo mismo se ha de decir de todo el mundo: el acaso lo formó sin ningun fin; y los hombres, que lo encontraron así, se han servido de él segun sus necesidades. Así el arte, que se quiere admirar en la obra y en el artífice, solo está en el hombre que sabe aprovecharse de lo que tiene á mano. Esta es la objecion mas fuerte que pueden hacer los filósofos; pero examinémosla, y verémos cuán poca fuerza tiene.

¿Qué diríamos de un hombre que se preciara de filósofo, y entrando en una casa defendiera que la habia hecho el acaso, sin que el arte hubiera trabajado nada en hacerla cómoda para los hombres, porque tambien hay cuevas, donde los hombres nunca han trabajado, que se parecen algo á aquella casa? Al que discurriera así, le enseñarian toda la casa. “Veis, le dirian, esta puerta que dá á la calle, es mayor que todas las otras para que puedan entrar por ella las carrozas: este patio es muy espacioso, para que los coches antes de salir puedan tomar la vuelta: las gradas de la escalera son bajas, para que se pueda subir con comodidad y sin trabajo, y va dando vuelta por las habitaciones y pisos á donde debe conducir. Las ventanas, abiertas de distancia en distancia, dan luz á todo el edificio; y para que no entre por ellas el viento,

junto con la luz, tienen sus vidrieras, que se pueden abrir tambien para respirar un aire mas suave en las estaciones templadas. El techo está para defender todo el edificio de las injurias del tiempo: la viguería está inclinada por los lados, para que las aguas y nieves puedan correr: las tejas están unas sobre otras, para cubrir enteramente el maderaje: los diversos pisos sirven para multiplicar las habitaciones en un espacio pequeño, haciendo que las unas estén sobre las otras: las chimeneas sirven para que se pueda encender fuego sin quemar la casa, y para que el humo salga sin incomodar á los que se calientan. Las habitaciones están distribuidas de modo que la del señor está en lo mejor de la casa, y las demas están separadas entre sí, de manera que se puede acomodar en ellas una gran familia, sin que los unos necesiten pasar por los aposentos de los otros. Hay cocinas, reposterías, establos, cocheras: en los cuartos hay camas, sillas, mesas. Es preciso, pues (le dirían á este filósofo), que esta obra la haya dirigido un artece escelente, y la hayan trabajado personas hábiles; porque todo está con habilidad, con comodidad, con orden y con gusto.”

Supongamos que este filósofo se empeñaba en defender su sistema, y que nos decia: “No, señores, ustedes son ingeniosos para engañarse. Es cierto que la casa está con la mayor comodidad,

orden y gusto; pero ella se ha hecho á sí misma con todas esas proporciones. La casualidad juntó las piedras con orden, levantó las paredes, trabó los maderos, abrió las ventanas, trazó la escalera: no crean ustedes que hayan trabajado los hombres para hacerla: lo que han hecho ha sido aprovecharse de esta obra que encontraron hecha ya. Se imaginan que se hizo para ellos, porque han encontrado muchas cosas que han hecho servir para su bienestar; pero deben discurrir de esta casa lo mismo que de una cueva que encontraran en un desierto, y les sirviera para defenderse de una gran tempestad.” ¿Qué diríamos de este filósofo estravagante?

Cuando leemos la fábula de Amfion, que por un prodigio de la música movia con simetría las piedras, colocándolas unas encima de otras, nos burlamos de esta ficcion poética. Pero esta ficcion no es tan estravagante como lo que defenderia este filósofo; porque á lo menos no es imposible figurarse que la armonía, que consiste en el movimiento local de algunos cuerpos, pudiera, valiéndose de alguna de aquellas secretas virtudes que admitimos en la naturaleza, mover las piedras con cierto orden y cadencia que las colocara con alguna regularidad. Sin embargo, esta esplicacion es absurda é intolerable; pero en fin, no es tan estravagante como la que acabamos de poner en boca

de un filósofo. ¿Qué cosa mas absurda, que figurarse unas piedras que se cortan y salen de las canteras, y se ponen unas sobre otras sin dejar hueco ninguno, y se ordenan para formar los aposentos, y reciben sobre sí la viguería con las tejas necesarias para cubrirla? Aun los niños que no saben hablar se echarian á reir si les propusieran con seriedad semejante fábula.

Pues ¿por qué nos hemos de reir menos cuando oimos decir, que el mundo se ha hecho á sí mismo, como esta casa fabulosa? Porque no hemos de comparar al mundo á una cueva, que suponemos hecha por el acaso, sino á una casa en que se descubriera la mas perfecta arquitectura; supuesto que la estructura del animalito mas pequeño es infinitamente mas admirable que el mas soberbio palacio. Un viajero que entrara en el Saidu, que es el palacio de la antigua Tébas, que tenia cien puertas, y ahora está desierta, encontraria allí columnas, pirámides, obeliscos, inscripciones en caracteres incógnitos. Pregunto, pues: ¿diria aquel hombre, que allí jamas habia habido artífices para trabajar todo aquel edificio, sino que el acaso habia formado las columnas, colocándolas sobre sus pedestales, y terminándolas con sus capiteles proporcionados; y que el mismo acaso habia unido las piedras que formaban las pirámides, y habia hecho los obeliscos de una sola pieza,

grabando en ellos todos aquellos caracteres? ¿No diria, al contrario, con toda la seguridad de que es capaz un hombre: “Estas magníficas ruinas son los despojos de una arquitectura majestuosa que florecia en el antiguo Egipto.” Esto es lo que la simple razon hace decir á primera vista, sin que sea menester racionar. Lo mismo sucede al dar una mirada al universo. A fuerza de racionios puede el hombre trastornarse la cabeza, de modo que no vea las cosas mas palpables; pero una simple mirada es decisiva; una obra como el mundo nunca se hace por sí misma. Los huesos, tendones, venas, arterias, nervios y músculos, que componen el cuerpo del hombre, llevan mas habilidad y proporcion que toda la arquitectura de los antiguos griegos y romanos: un solo ojo de un animal es superior á toda la mecánica de todos los artífices del mundo. Si en los desiertos de Africa se encontrara una repeticion, nadie se atreviera á decir, que el acaso la habia formado entre las arenas; y hay filósofos que no tienen vergüenza de decir, que así se han formado los cuerpos de los animales, con los cuales no se puede comparar ningun reloj por mas delicado que sea.

No ignoro otro racionio que pueden hacer los epicúreos. “Los átomos (dirán ellos) tienen un movimiento eterno. Habiendo chocado fortuitamente unos con otros por toda una eternidad, han